



ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNIFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS Á LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO VIII.—AÑOS 1889-1890

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1890

INDICE

DE LOS ARTICULOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO VIII DE LA ILUSTRACION ARTISTICA

INDICE

DE LAS LAMINAS QUE FORMAN EL ALBUM ARTISTICO

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 1.° DE ENERO DE 1889 — NUM. 366

NUMERO EXTRAORDINARIO. — REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Francisco de las Barras



UNA MADONA, dibujo de Carlos Froschl, copia del cuadro presentado en la Exposición de Munich

SUMARIO



ESTUDIO Á LA PLUMA

NUESTROS GRABADOS

UNA MADONA, dibujo de Carlos Froschl

(Copia del cuadro presentado en la Exposición de Munich)

Es una apuntación deliciosa; una madre llena de ternura, un niño que revela superior inteligencia; un grupo de maestro.

Goldoni en la plaza de San Marcos de Venecia estudiando tipos característicos para sus comedias, cuadro de Jaime Favretto

Goldoni es el más célebre autor dramático de Italia en el género cómico. Nació en Venecia en 1707 y se trasladó á París en 1760, donde fué sumamente agasajado por la corte. Fijó su residencia en la capital de Francia y en ella murió cuando la célebre revolución llegó al período llamado del terror. En el teatro italiano puede ser comparado á Moliere, pues sus obras indicaron nuevos derroteros y ejercen aun hoy día saludable influencia.

El autor de este lienzo ha representado al célebre dramático paseando por la plaza de San Marcos de su ciudad natal, completamente dominado por una idea. Sin duda se le ha ocurrido el plan de una de sus comedias y estudia entre los transeuntes los tipos más característicos y apropiados para ella. Algunos paseantes le contemplan con curiosidad y quizás alguno se incline á creerle falto de juicio. ¡Es tan común entre los necios reirse de lo que no comprenden!...

Estudios al aire libre en el lago Frauenchiem fotografía de Herman Koch

Los pintores, como las hormigas, dedican el verano á hacer provisiones para el invierno. Después de todo, no se crea tan fácil escoger el sitio donde piensan recibir aquellas impresiones que por medio de sucesivo trabajo han de convertirse en cuadros: la naturaleza, fuente de inspiración, tiene variadísimas manifestaciones; el talento del artista consiste en buscar la nota armónica de su condición natural. Los lagos tienen bastantes partidarios, porque generalmente se prestan á estudios pintorescos: son el agua sin la grandiosidad del mar, pero al fin y al cabo tienen horizontes variados y orillas menos monótonas que la arenosa playa.

Los pintores alemanes frecuentan el de Frauenchiem, donde encuentran fácilmente bellas perspectivas y recomendables modelos. Algunos de éstos, todos ellos pudiéramos decir, no sospechan por cierto las metamorfosis que sufrirán en la tela y hasta qué punto llamarán la atención en sucesivas exposiciones. Y sin embargo ¡cuántos y cuántos pintores han debido su fama y su fortuna á un modelo ó á una nota de la naturaleza afortunadamente encontrada en la hora de la inspiración!

ESCALERA DEL NUEVO TEATRO IMPERIAL DE VIENA, dibujo original de R. Mandlick

Podrá no ser un asunto pictórico, pero resulta un cuadro agradable. Viena, que es una ciudad monumental por excelencia, ha elevado al arte verdaderos palacios. En ellos é inundados de luz, sobre fondo de oro, se exhiben la belleza, el lujo y la elegancia. Ante semejantes espectáculos, el hombre que se deja seducir por las apariencias, llega á dudar de que este mundo sea un valle de lágrimas.

DOS AMIGAS, dibujo de J. Llovera

Mejor debió titularlas el autor dos enemigas de la tranquilidad pública, contra las cuales, si pestañearan, aconsejaríamos tomar toda clase de precauciones. Por de pronto no debía permitírselas salir á la calle sin ir acompañadas de un retén de bomberos, provistos de todos los útiles destinados á la extinción de los más voraces incendios.

Achacan algunos á Llovera su predilección por esos dos tipos de mujer que se encuentran repetidos efectivamente y con ligeras variantes de detalle en la mayor parte de sus cuadros y dibujos. Después de todo, ésto no es un defecto: insignes maestros, los más célebres del mundo, Rafael, Ticiano, Murillo, reprodujeron gran número de veces á la mujer, más ó menos ideal, que una vez salió de su paleta. Y ello es que cuando se trata de mozas garridas y se tiene la suerte de dar con los tipos que produjo Llovera desde sus primeras composiciones, ha de ser muy sensible renunciar al efecto seguro de la belleza conocida para ir á parar Dios sabe dónde, en busca de una variedad de éxito dudoso. Así se lo da á entender el público al artista, cuyas obras encuentran comprador seguro en todos los mercados del mundo

UN NÁUFRAGO, dibujo de Greiffenhagen

Los diferentes episodios de la arriesgada vida del marino han inspirado con frecuencia á los pintores y dibujantes de todos los países, los cuales han tratado con mejor ó peor acierto, ora sus alegres costumbres, ora los trances peligrosos en que le coloca el voluble elemento cuyos furores arrostra con ánimo sereno.

El dibujo que hoy reproducimos representa uno de los tristes efectos de esta lucha con las olas; el cadáver de un náufrago arrojado á la playa por el mar. Obra de efecto, sobria en detalles, pero trazada en su misma sobriedad con discreto realismo, se recomienda á la contemplación del aficionado, que no podrá menos de reconocer la destreza del lápiz de su autor.

IDILIO EN LA TEBAIDA, cuadro de G. Gentz

(Presentado en la última Exposición de pinturas de Viena)

Gentz es un pintor orientalista que goza en Austria merecida reputación. Ha llegado á viejo y pinta con el mismo entusiasmo que sentía en sus mejores tiempos, pero no con el mismo éxito. Este cuadro ha figurado en la última Exposición de Viena: es un idilio, un verdadero idilio de amor; así lo titula también el artista. Pero sin negar que la Arcadia en Oriente puede semejarse á ese paisaje y que esos personajes puedan ser verdaderos Nemorinos y Estelas de ébano, ello es que la crítica no ha perdonado al anciano maestro. Por desdicha, el hielo de los años enfría notoriamente el fuego de la inspiración.

APUNTES DEL NATURAL, dibujo á la pluma de Baldomero Galofre

El autor de estos dibujos es uno de los artistas que mejor han sentado el pabellón de España en el extranjero. Diseña como un maestro y posée el secreto del color como lo sentía el malogrado Fortuny, como lo sienten los pocos privilegiados que dominan la pintura. A fuer de artista consigna de primera intención sus impresiones en su *Album de touriste*: de él proceden los dibujos que publicamos, á la vista de los cuales bien podemos decir que cuando Galofre *apunta* tiene la seguridad de hacer blanco.

EL TRABAJO.-IGLESIA DE VALLFOGONA dibujos de Pellicer

Nuestro director artístico es uno de los hombres en quienes la modestia compite con el valer. De muy pocos puede decirse como de él que deban su reputación al exclusivo mérito de sus obras. Siente verdadera pasión por el arte y prefiere formar reputaciones agenas que alardear de la suya propia. No queríamos que el presente número extraordinario dejase de contener su firma y nos la envía por duplicado en la forma menos pretenciosa. ¡Dichoso él; dichoso quien es tan rico de mérito que puede permitirse el lujo de no ostentarlo!

EN EL JARDÍN DEL HOSPICIO cuadro de C. Frithjoif Smith

(Presentado en la Exposición de Munich)

El sentimiento cristiano es tan esencialmente delicado y poético que embellece aun aquellos cuadros que de otro modo repugnarían al alma menos sensible. La infancia abandonada, la senectud desvalida, son ocasión de tristísimo espectáculo allí donde la caridad, la caridad hija del cristianismo, no ha tomado á su cargo reparar la desdicha amparando al desamparado y consolando al que necesita de consuelo.

Este carácter cristiano es de ver especialmente en los hospicios, y en ellos se ha inspirado el autor de este cuadro para hacer simpática una escena que, de otro modo, no podría contemplarse sin dolor. Combinación felicísima de realismo y de poesía, el bienestar y relativa felicidad de esos seres cobijados á la sombra de una cruz, eleva el ánimo á la región serena de la caridad, desde la cual ha contemplado el artista á la parte más débil de la humanidad, los viejos y los niños sin amparo.

MATER DOLOROSA, escultura en bronce, de Agustín Querol, grabado de R. Bong

Las manifestaciones religiosas del arte moderno sin estar por lo general impregnadas del misticismo que caracteriza las obras de algunos ilustres maestros de la Edad media y del Renacimiento, tienen en su abono condiciones que las hacen no menos recomendables. El artista de hoy, y es inútil digamos que se trata del artista dotado de verdadero talento, al acometer un asunto religioso, no puede prescindir de atemperarse á la verdad posible, buscando en la forma de expresar un sentimiento, dentro de lo cierto y de lo bello, lo que antes de ahora se obtenía por medio de la exageración física y aun de ciertas representaciones de objetos materiales que explicaban lo que el pincel no dejaba sentir sin tal auxilio. Y con esto opinamos que nada ha perdido el arte ni el objetivo de la pintura religiosa.

Hoy, por ejemplo, como ayer y como siempre, porque el buen artista siempre se remontará á las más sublimes fuentes de inspiración, el asunto de la Virgen dolorosa tentará á los artistas de mayores alientos. Pero ninguno de éstos, como no obedezca á instrucciones obligadas, empleará para reproducir ese *dolor de todos los dolores*, el vulgar, anti-bello y de sobra realista modo de pintar aquel obligado corazón en el cual están clavados siete puñales, ni más ni menos que pudieran clavarse siete alfileres en una almohadilla. Con semejantes recursos puede imbuirse en el vulgo la idea del dolor material; pero ¿será ese nunca el concepto que el cristiano ha de formarse de las supremas angustias, de los sublimes tormentos experimentados por la Madre del Salvador?

Vease á este tenor cómo Querol se ha separado de tan insostenible rutina y convengamos en lo mucho que con ello gana la imagen de la Virgen dolorosa. No es el corazón que sale del pecho impunemente contra todas las leyes de la naturaleza; son las espinas de la irrisoria corona del Verbo las que María quiere hacer penetrar en su corazón para que se confunda en él después de la muerte la sangre que se confundió antes del nacimiento. La Virgen de Querol no siente el dolor en el cuerpo, como otro de tantos mortales; el dolor lo lleva en el alma: el artista tiene presente que según la ortodoxia María *estaba* en el Calvario, es decir estaba de pié, desgarrada por la pena, pero sostenida invisiblemente por el Eterno para que pudiese apurar hasta la última gota del cáliz. ¿A dónde iríamos á parar si la Madre de Dios sintiera como el vulgo de las madres?

EL HERIDO, dibujo á la pluma de A. Fabrés

(Reproducción fotográfica)

Con tal maestría está ejecutado este trabajo que lo de *reproducción fotográfica* pudiera creerse de un herido de verdad. Muchas veces lo hemos dicho; la seguridad con que dibuja Fabrés no tiene superior entre nuestros artistas; una vez concebido el personaje con aquella rara perfección de que nos tiene dadas tantas pruebas, parece como que la transmisión del pensamiento al lienzo ó al papel, sea cosa puramente mecánica, según la precisión con que resulta ejecutada. En medio de las inmensas dificultades con que lucha el que dibuja á la pluma, dígase si en ese *herido* huelga ó falta una sola plumada, si cabe actitud de dolor más natural, desvanecimiento mejor expresado, cuerpo inerte que mejor pese sobre el ensangrentado suelo, impresión más legítimamente obtenida y con el empleo de menores recursos.

Fabrés es uno de esos artistas que están siempre en lo justo y en lo preciso; jamás le hemos visto pedir á lo accesorio ayuda alguna para hacer realzar lo principal, que hace admirar por sí. En esta manera de *hacer* se nos figura que se deja sentir la influencia del antiguo escultor. Es una sospecha cuyo fundamento quizás nos confirme algun día el ilustre artista que nos la sugiere.

UNA NINFA, cuadro de Guillermo Balmer

(Presentado en la Exposición de Viena)

Excelente estudio de mujer, bautizada de ninfa. Con un poco menos de escrúpulo por parte del autor y algo de desorden en el cabello, la hubiese podido titular asimismo Magdalena en el desierto.

UN COMERCIO, boceto de Federico Vezin

Compuso este boceto el insigne Vezin como otro de tantos elementos allegados para su *Mercado de esclavas*, admirado en la última Exposición de Munich. De entrambas figuras puede afirmarse que no tienen pero. El mercader es el tipo de la codicia sin vergüenza; la mujer es la imagen de la vergüenza á merced de la codicia.

DÉDALO É ICARO, grupo en yeso de M. Lock

(Presentado en la última Exposición de Munich)

Cuenta la Mitología que Dédalo, hábil artífice, construyó unas alas para su hijo Icaro, con las cuales pudiera remontarse hasta el Olimpo. El artificio debía ser soberbio, puesto que Icaro voló realmente con las alas fabricadas por su padre; pero como éste las prendió con cera al cuerpo de aquél, ocurrió que al aproximarse al sol, se derritió la liga y el atrevido mozo vino al suelo desde las alturas celestes. Dédalo descubrió el cadáver de su hijo y hubo de maldecir su invento.

Este hermoso asunto ha tratado Lock con feliz éxito sacando admirable partido del natural contraste de las dos figuras; elegante, delicada la del adolescente; vigorosa, plenamente desarrollada la del anciano. Difícil sería elegir entre esas dos figuras; pero aun en igualdad de mérito los ojos del espectador se posan insensiblemente en el venerable rostro del padre, retrato del más cruel dolor y del más profundo remordimiento. No es menos expresiva la crispatura de su mano derecha que, con febril movimiento, arranca el cinturón en donde estuvieron pegadas aquellas alas que habían de servir para escalar la mansión de los dioses y fueron testimonio de cómo castigan aquéllos la soberbia impía de los hombres.



GOLDONI EN LA PLAZA DE SAN MARCOS DE VENECIA, ESTUDIANDO TIPOS CARACTERÍSTICOS PARA SUS COMEDIAS, cuadro de Jaime Favretto *(presentado en la Exposición de Munich)*

El Emperador Guillermo y su escolta en las últimas maniobras alemanas

(tipos y detalles del reputado dibujante C. Speyer)

Alemania es una especie de gran cuartel en donde hasta los ciudadanos más pacíficos tienen tipo de soldados y los servicios más ajenos á la guerra se llevan á cabo militarmente. Esto debiera importarle muy poco á una publicación esencialmente artística como la nuestra; pero una vez más resulta probado en aquel moderno imperio que las costumbres ejercen no poca influencia en el arte. Así, á fuerza de ver soldados y presenciar maniobras, aquellos dibujantes sobresalen en reproducir tipos y evoluciones guerreras; circunstancia que se ha evidenciado después de las últimas maniobras dirigidas por el joven presidente de aquella formidable confederación. Véanse los grabados del presente número y se convencerá cualquiera de que C. Speyer no le va en zaga á los Neuville y á los Detaille. De sus dibujos se puede decir que *huelen* á campamento.

Bajo relieve ofrecido á la señora doña Emilia Pardo Bazán por don Lázaro Galdeano, y ejecutado por el escultor señor Tasso.

Tenemos el gusto de incluir en nuestras páginas una copia del artístico bajo relieve que el señor don Lázaro Galdeano ha ofrecido á la ilustrada escritora gallega señora Pardo Bazán, en muestra de su gratitud por haberle dedicado ésta la novela *Insolación*, próxima á ver la luz, y ejecutado con verdadero gusto artístico por nuestro paisano el escultor señor Tasso.

Figura en esta obra la corona condal, por ser la señora Pardo hija única del conde de Pardo Bazán, cuyo escudo de armas se ve más abajo. En el medallón del centro se ve el retrato de la distinguida escritora, y los tres bustos superpuestos á él son los de sus tres hijos. Junto al citado escudo hay un genio inscribiendo en un cartel los títulos de las principales obras de dicha señora, siendo el último que traza el de la novela dedicada al donador de esta obra de arte.

El oportuno y delicado obsequio del señor Galdeano es digno de la ilustre escritora á quien va dirigido.

EL AÑO QUE ACABA Y EL AÑO QUE COMIENZA

¡Un año más! La experiencia se aumenta y con la experiencia también la tristeza. Diríase que vivimos vida larga solamente para saber cosas tristes. En el fin de todos los años examinamos la conciencia que nos acusa y nos castiga con sus remordimientos; á los comienzos del año nuevo juramos en Dios y prometemos por el honor la enmienda. Pero, cual si nuestro libérrimo espíritu fuese un astro sujeto á la mecánica universal, seguimos las órbitas ya recorridas, llevando en nosotros y con nosotros la fatalidad incontrastable de nuestra complexión fisiológica y de nuestro carácter moral. Sin embargo, cosa hermosísima es vivir, cuando se ha vivido para los demás, para el bien universal. Perdemos ilusiones en el trascurso de la vida; pero ganamos experiencias. Sentimos profundas tristezas al acercarnos á la muerte, pero también cierta sublimidad. Se parece nuestro ser á esos bosques del otoño, donde no canta el coro de las avecillas, ni vuela el tropel de las mariposas, ni huelen los aromas de las flores; pero donde las hojas al caerse, toman toques áureos, rojos, bronceados, con tales gradaciones de tintas, armonías de colores, copia y riqueza de matices, que la vista se agrada y la imaginación se aviva, como suelen también al crepúsculo recordatorio de la muerte y de la eternidad, como suelen al crepúsculo vespertino. Así nos despedimos del año que acaba con una festividad tal como la Noche Buena, muy armónica y muy correspondiente con aquella otra Noche de San Juan. Pero, mientras en los solsticios de junio al entrar el verano, las veladas públicas alegran las calles henchidas de júbilo y adornadas de ramaje; ¡ah! en los solsticios de diciembre, al entrar el invierno, las veladas domésticas alegran el hogar henchido de santas melodías despedidas al amor de la lumbre y en torno del Belén. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la magia, del cántico apasionado á las rejas enramadas; del pronóstico y del augurio amoroso consultados por las novias, que sienten abrasárseles el corazón y las mejillas; la Noche Buena puede llamarse la noche del hogar; del zorcico, de la zambomba, de la inocencia, diferenciándose ambas noches entre sí cuanto puede diferenciarse la oda pindárica de la candorosa conseja.

Examinen otros si la Noche Buena se instituyó por la Iglesia griega ó por la Iglesia latina; si San Agustín señaló el 25 de diciembre para la Natividad del Salvador, y el 6 de enero San Epifanio, y otros padres, según San Clemente Alejandrino, á fines de abril y mayo; si en su Homilía trigésima prima el Crisóstomo dice que dos años antes de pronunciada no se conocía tal fiesta; dejemos á los que de sabios y eruditos se precian; y vamos nosotros á recordar lo que hacíamos allá en la infancia nuestra, cuando terminaba un año y venía otro, en estos dos excepcionales meses. Yo recuerdo aun la poesía que todos los años nos reservaba en el santo seno de la familia esta festividad que se llama de Noche Buena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían en descomunales ollones; los recentales y las gallinas y los pavos que se aderezaban para los días siguientes; la dulce peladilla de Alcoy, los turrones hechos con almendras de Jijona ó Alicante; los frescos cardos aporcados en los bancales hermosísimos de nuestra Elda; todas las gollerías propias de Pascuas. Los muchachos agujereaban cuantos pucheros les caían en su poder, y tapándoles con pieles de conejo secadas al fuego la boca, y poniendo en estas pieles una cañita atronaban el barrio. Industrias no menos primitivas procurábannos todos los otros instrumentos. El pandero con sus sonajas de hojalata, la castañuela con sus lazos multicolores, no necesitaban más aparato; pero los rabeles aparejados con una guita untosa y los caramillos de caña que envidiara el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, fría ó lluviosa por fuerza, mientras el viento aullaba en las ramas ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno; bajo la ancha campana de la chimenea chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas chispas lucían, á manera de meteoros entre las columnas de humo, múltiples centellas, y en la ceniza enrojecida deslumbraba nuestra vista el noche-bueno, el inmenso tronco de encina ó de olivo, reservado para este momento y parecido á una gigantesca brasa. ¿Y el Nacimiento? Las estatuas y los cuadros, que luego he visto en el mundo, no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis producido por aquellas toscas figuras de barro, cubiertas de chillones colorines. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de indiana recamado por varios ramajes y flecos. En torno de la mesa, altar verdadero, amontonábamos el espliego, la salvia, el tomillo, recién traídos del monte, y que formaban como mullida alfombra, la cual á nuestros pasos despedía fortísimas esencias. Una peña de cartón pintado, polvoreadísimo de vidrio, que en nuestra habla provincial llamamos volador, representaba á Belén, tomando al reflejo de las velas contenidas en los candelerillos de plomo y en las arañas de latón, visos de un rocío de estrellas. Por las quebradas, entre las hojas de lentisco, descendían, reproducidos en barro, los ganados de blancas ovejas guiadas por el pastor, llevando para el niño Dios, colgado al cuello, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón, aderezaba las gachas puestas á la lumbre en ancho perol: allí una robusta campesina, con su zagalejo azul y su corpiño negro, sobre el cual blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía al abrevadero los potros; más lejos una muchachuela parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro, junto á él asentado sobre un saco de paja, encentaba panes ó quesos: por las alturas veíase argentear estrella de talco, que guiaba á los Reyes Magos, caballeros en sus hacaneas, envueltos en sus mantos de púrpura forrados de armiño, con sus coronas doradas á las sienes, y sus vasos llenos de mirra é incienso en las manos, mientras abajo, indicado por un ángel de túnica azul que llevaba un *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, se veía el pesebre, con la mula á un lado y el buey á otro por el primer término; la Virgen y San José por el segundo en contemplación extática; y sobre las pajas el recién nacido, al cual besábamos como á un niño de veras y adorábamos como al Dios de la verdad.

Entonces, aunque supiéramos el *Musa musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y por consiguiente no llegábamos á comprender el importantísimo rango alcanzado por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio, bostezando y soñolientos, nuestras espaldas á quien viniese á contarnos cómo el buey y la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente que se eleva por los cielos enrojecidos inspira á los persas la idea de que el toro, compañero de su dios Mithoo, debe ser el primer animal creado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza la aurora y pronostica el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y pronostica la tempestad en las supersticiones eslavas; cómo entre los germanos, los cuatro bueyes hijos de Gefión surcan y remueven con sus arados la tierra patria; y entre los franceses un toro de piel atigrada, engendra en las



ESTUDIOS AL AIRE LIBRE EN EL LAGO FRAUENCHIEM, fotografía directa por Herman Koch



ESCALERA DEL TEATRO IMPERIAL DE VIENA, dibujo original de R. Mandlick

orillas del mar la raza de los merovingios; como Júpiter viene, según las metamorfosis griegas, á través de las ondas jónicas hasta las poéticas orillas donde naciera el arte en pos de la ninfa Europa: en nuestras creencias de entonces resultaba el buey cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de diciembre, y la mula estéril por haberse comido las pajas del sagrado pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre este tema, delante del Belén iluminado, mientras los pequeñuelos oían con verdadera pasión, tan prontos á dar un bollo al pacífico buey, como á romper en mil pedazos la pérfida y espantada mula!

¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueteadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas de hojalata llenas de perdigones, el campanco de los almireces, el rasguear de las guitarras, y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios, con la más desenfrenada alegría y produciendo la más ruidosa algazara. Solamente podía consolarme aquella suave canción que decía:

Esta noche es Noche-Buena
y no es noche de dormir,
que la Virgen va de parto
y á las doce ha de parir.

Sin embargo, el movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas de la cocina al Nacimiento, el arreglo del Belén, el cántico y el baile, producían sueño más pronto y profundo que el sueño ordinario, quedándonos medio dormidos sobre los bancos y las sillas, hasta que las campanas de las iglesias nos despertaban para llamarnos á la misa del Gallo, cantada á media noche y donde con las algazaras se sumaban las trompetas del órgano.

¿No os ha pasado mil veces, viendo moverse en Noche-Buena un corro de niños alrededor de un Nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que les reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en la agonía, y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los cadalsos.

Entre nosotros, la fiesta de Noche-Buena sobrepuja en



DOS AMIGAS dibujo de J. Llovera, grabado por Sadurní (Exposición Parés)

esplendor é interés á todas las otras fiestas de Navidad; y entre los franceses, por lo contrario, sobrepuja el Año nuevo. Donde quiera que os encontréis al correr los primeros minutos del mes de enero, estáis en la obligación allí de abrazar y besar á cuantas personas os rodean como señal de la felicidad y de la paz deseadas á todos en el año que allí en aquel momento se abre y empieza. Completamente romano el calendario nuestro, trasmitido por la Ciudad Eterna con otros legados innumerables á la civilización cristiana, enero está consagrado al dios Jano, el dios de las puertas, como agosto se consagró al taimado fundador del Imperio, al inolvidable Augusto, de cuyo apellido se apellidan, de tal apellido presentado á un déspota por la servil adulación, todos cuantos llegan á creerse privilegiados y sacros en este nuestro bajo mundo. El año que ahora empieza viene bajo bien siniestros auspicios. Hace tiempo, hace mucho tiempo, viven los míseros mortales afligidos por el recelo de una guerra, la cual puede traer á nuestro misérrimo planeta, daños tan graves como el desgarre de sus entrañas por los terremotos y el envenenamiento de su aire por el cólera. La guerra me parece mucho más terrible que cualquiera otra de las calamidades terrestres. La fatalidad preside á los elementos regidos por indeclinables leyes materiales y físicas; pero la libertad preside á los azotes verdaderamente sociales. Hay culpa individual y culpa colectiva, y toda culpa trae aparejado su castigo en cumplimiento de las leyes morales. Como una generación infeliz aparecerá esta generación nuestra, si después de haber alcanzado un dominio tan soberano en la naturaleza, no consigue dominio análogo sobre sí misma y no conjura el mal espantoso de la guerra.

Bien es cierto que, desde 1870, se abren todos los

años con este recelo de un conflicto europeo, y se cierran á su vez todos ellos á una sin que haya el conflicto llegado. Por enero del año, que ahora termina, los mismos terrores nos asaltaban y la misma sospecha teníamos. Todo el mundo recelaba, dada la exaltación reinante, un espantoso encuentro, un choque inevitable de los pueblos, como aquel de la tierra con los astros fantaseado por los Apocalipsis monásticos. Anunciábase para la próxima primavera en el mes primero de nuestro año las irrupciones, las talas, los sacos, los incendios, los exterminios, los aniquilamientos propios de una europea catástrofe. Al desatarse los arroyos parleros, al brotar las flores aromáticas, al henchirse de amor y vida los nidos, por abril y mayo, debía caer sobre nosotros algun terror semejante á los terrores producidos por la terrible aproximación del Juicio final. Y sin embargo, corrieron de un punto á otro las escuadras, izáronse las banderas de todos los Estados; sonaron los cañones de todos los pueblos, mas para bendecir la fiesta del trabajo en la Exposición de Barcelona.

Esperemos que suceda el año próximo lo mismo con la Exposición de París. Esperemos que al ver los hombres cómo se necesitan unos á otros y cómo se completan todos, renuncien á las porfías terribles del combate, reemplazándolas con los fecundísimos empeños del trabajo. La chispa de Galvany que lleva el movimiento á la inercia y á la muerte la vida, que cincela como un buril misterioso y graba por procedimientos casi mágicos; la pila de Volta, que pone bajo vuestras manos elementos muy superiores al oro alquímico, aquella electricidad con la cual casi nos apoderamos de las fuerzas creadoras; los grandes telescopios que os pasean por los espacios infinitos y os aproximan á los soles y á los mundos; el pararrayos de Franklin, por cuya virtud el trueno que aterraba en otro tiempo á los dioses, desciende sumiso hasta vuestro poder y dominio; el telégrafo de Moorse que rodea como de nervios al planeta y confía la palabra del hombre á las ligeras alas del relámpago; la máquina de Watt, que ha hecho del humo escapado por las chimeneas á disiparse, de la niebla convertida en algunas gotas, es decir, de lo más tenue, del vapor, de esa alma del rocío, bajo cuyo peso ni siquiera se doblan las flores, una fuerza incontrastable; el espectro solar, que analiza hasta la luz, que descompone hasta la lejana reverberación de las nebulosas y que os muestra la unidad, la identidad y la universalidad del éter; las retortas químicas que han encontrado en sus combinaciones maravillosas los componentes de las partículas del agua y de los suspiros del aire; todos estos prodigios, desde la campana del buzo que explora los abismos del mar y la lámpara de Davy que permite al minero reconocer sin riesgo las venas de hulla, hasta la luz eléctrica del inmortal Edison y el globo que sube allá donde no llegan las águilas, á las atmósferas irrespirables; todas estas victorias de la libertad sobre la fatalidad, de la inteligencia sobre la fuerza, de la voluntad humana sobre la inercia, que han acabado con la horca del pechero, con los castillos del señor, con los terruños del siervo, con las diademas del déspota, deben acabar también con la guerra; y así como los trabajos de la navegación inspiraron á Homero su Odisea y los primeros descubrimientos portugueses á Camoens las Luisiadas, los triunfos del trabajo moderno inspiren poemas de la industria destinados á eclipsar los poemas de la guerra, porque nos presentan el planeta destilando por todos sus poros y despidiendo de todos sus átomos lo más divino que hay en la creación, el inmortal espíritu del hombre. Que así como el año 1888 fué tan solo año de la Exposición de Barcelona, el año 1889 sea tan sólo año de la Exposición de París.

Emilio Castelar.

B. Galofre

DIBUJO Á LA PLUMA, de Galofre

UNGUENTO DE SENTIDO COMÚN

La sangre acude á mis mejillas, inclínanse mis párpados y doblo mi cabeza al peso de la vergüenza; siéntome avergonzado, ruboroso y medrosico.

¿Qué me ocurre?

¡Ay! es que véome precisado á confesar pecado de tal magnitud, que hasta las puntas de mi pluma se enrojecen de rubor.

Mas ya que no tuve vergüenza al cometer el pecado, no debo tenerla al confesarlo; así que sépase, que *coram populi* digo á grito pelado ó sin pelar, que no sé una palabra de geografía.

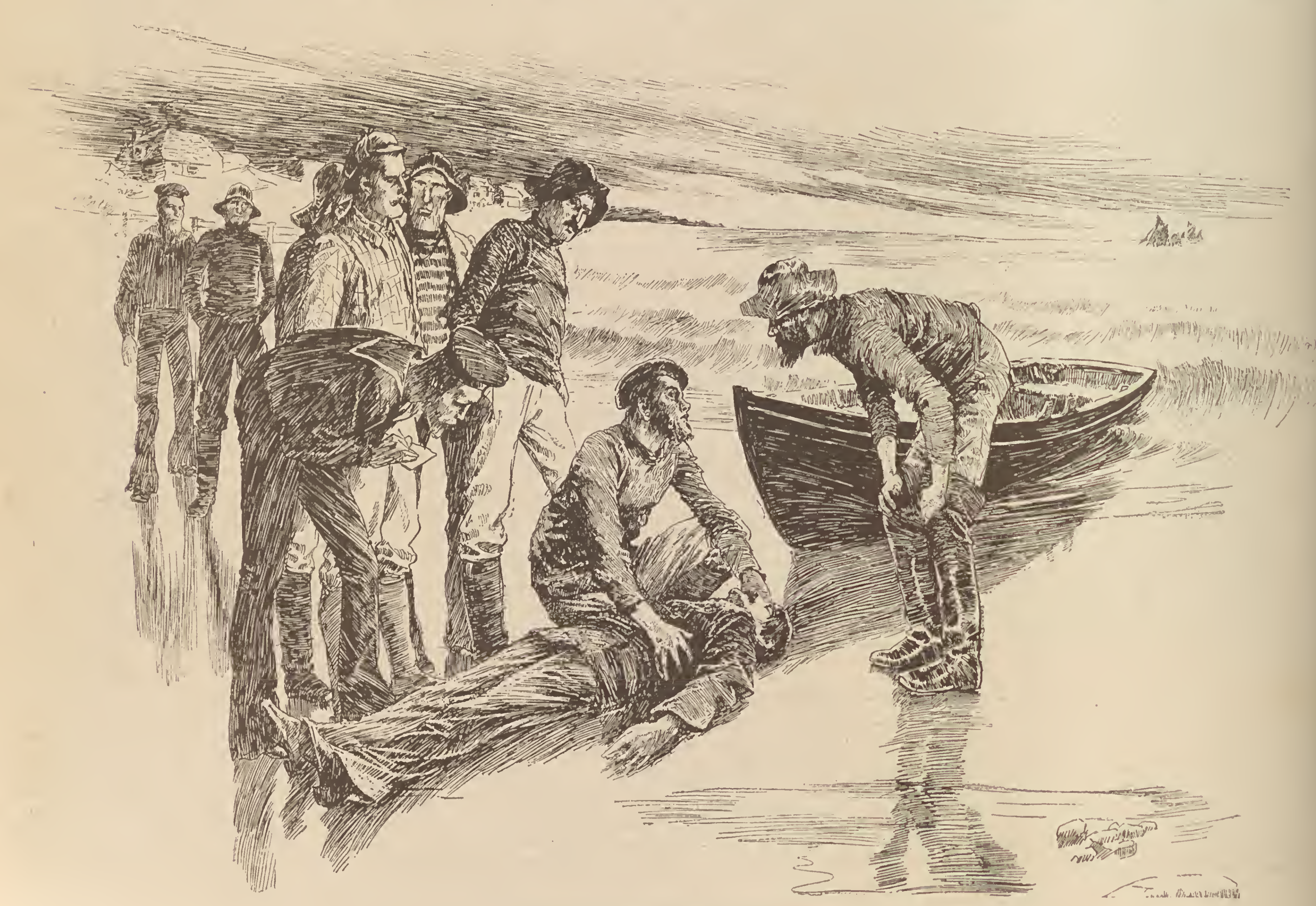
No una, sino muchas veces me he dormido sobre un ejemplar de la geografía de Malte-Brune, y, cosa rara, durante estos sueños, que muchos fueron, no logré aprender hacia qué lado cae el Spitzberg, ni el gran Belt, ni el pequeño Belt, bien que respecto á este último, no es cosa extraña que escapara á mi vista, por su pequeñez.

Perdóneme Ptolomeo mi pecado, el arrepentimiento me salve, que yo juro por Tycho Brahe, enmendarme y averiguar si Pinto y Belinchón están al Norte, al Sur, al Este ó aquél.

Pero hasta entonces, resígnense los que esto leyeren, si no pueden saber si el reino de Tontinópolis está en el Polo ó en el Ecuador, á la derecha ó á la izquierda.

Ello es que en alguna parte debe estar, y no sólo debe sino que está, y tanto es así, que el que esto escribe puede decir los reinos con que Tontinópolis confina.

Si los datos que tengo no son falsos, que no deben serlo; Tontinópolis confina al Norte con Villasofía, al Noroeste con el reino de Insania al Este con la república de Lirismía, al Oeste con Villanecia, al Sudeste con La Curialdea, al Sudoeste co[n]



UN NÁUFRAGO, dibujo de Greiffenhagen

la Herculeoloquía y por los otros lados, con reinos, repúblicas y confederaciones habitadas por gentes de poco más ó menos, como la ciudad de Aritmos, la Anarquía, la Arqueoprehistoria y el gran continente de Pecunianópolis.

Con esto ya deben saber mis lectores en dónde está Tontinópolis, y si no lo saben acudan á Vargas encargado desde el Rey que rabió á acá de averiguarlo todo, y si aun así no consiguen saberlo, confiesen paladinamente que saben menos, mucha menos geografía que yo.

El caso es que Tontinópolis, si no existe, ha existido ó ha podido existir, que el *possumus* es innegable y yo aseguro que existió, pues sé que ocurrió allá lo que á referir voy, *ergo* si ocurrió algo, debió existir lugar de la ocurrencia.

Vengan Aristóteles y Kant y niéguenme la fuerza de este silogismo y entonces renunciaré á relatar lo que en Tontinópolis sucedió hace días, meses, años ó siglos, que el tiempo nada importa, pues como el mismo Kant dice y jura y perjura, el tiempo nada es, que ni existencia ni realidad tiene, viniendo á ser algo así como una tostada sin pan ni manteca ni siquiera azúcar para los golosos.

Tontinópolis, en fin, está donde está y lo que yo voy á referir, ocurrió, cuando ocurrió, pero ocurrió, que allá por los años de ciento ó mil ó mil y quinientos, Tontinópolis hallábase gobernada por el rey Sansereni I, quien quedó viudo á los 49 años de edad, sin más retoños que una hija que contaba siete años á la muerte de su madre la reina Doña Memflisa.

En Tontinópolis, natural era que se hubiera abolido la ley Sálica, así es que la princesita Sanserenina era la llamada á suceder en el trono á Sansereni I.



IDILIO EN LA TEBAIDA, cuadro de G. Gentz
(Presentado en la última Exposición de pinturas celebrada en Viena)

La niña Sanserenina mostró desde los primeros días de su vida tal madurez de juicio, que chupaba la punta de la nariz de su nodriza, creyendo que chupaba sitio de donde puede sacarse algo sustancioso.

Creció Sanserenina y siguió dando muestras de su sensatez.

A los nueve años quería convertir la veneranda corona que ceñía las sienes de su padre, la secular corona del reino de Tontinópolis, en aro que rodase por los suelos apaleado por el cetro que empuñara el Gran Sinforoso el Magnífico.

A los diez, lloró, babeó, pataleó y rabió porque su aya, la Gran duquesa de la Soteria, no consintió que la augusta princesita Sanserenina rapase sus ducales bigotes con un yatagán que el rey padre tomó en singular batalla á un temido y temible moro vendedor de dátiles.

Mas por fin llegó Sanserenina á la edad de la pubertad, que todo llega en este mundo, cuando llega, y cesaron los extravagantes caprichos de la princesita.

Ya no jugaba con la corona y el cetro de su padre ni miraba siquiera los respetables mostachos de su aya, pero ¡ay! que preocupábase demasiado de los bigotes del primer ministro del gobierno del rey y sentía irresistible tentación de engomar las finas guías del más fino bozo de un finísimo paje que en su corte había.

En cierta ocasión, tuvo empeño la discreta princesa en que un palafrenero de las reales caballerizas fuese ministro de Fomento de su padre, y consiguió su deseo y, ¡oh poder de los caprichos femeniles! el palafrenero fué un ministro de Fomento no igual, sino mejor, que todos los doctores, políticos y sabihondos que hasta entonces lo habían sido, pues aquél fomentó la cría caballar, con lo cual algo se consiguió, mientras que los otros fomentaron la vana palabrería, cuando no su fortuna y la de toda su familia.

Otro día la princesa quiso dar en sus salones un baile de trajes, para el cual ella misma trazó los figurines.

El rey su padre no cambió de traje, rey fué en la mascarada, pero obedeciendo á los caprichos de su hija, apareció en el salón con los aditamentos que naciéronle al rey Midas por su avaricia, y á fe que las orejas asnales sentaban al rey Sansereni que ni de perillas.

– ¡Ay! – le decía su hija, – si parece que toda tu vida las has llevado, papá. ¡Cuánto realce dan á la corona esas orejas, mi buen rey Midas!

El ministro de Gracia y Justicia concurrió al baile y vistió, con arreglo al figurín prescrito por la niña, alta peluca de clown, cubierta á medias por dorada mitra, espada flamígera en la diestra mano, la balanza de la justicia colgada á la espalda, abultado polisón relleno de papel sellado, cortísima toga de colores morado y rojo, zapato con hebillas de plata y al aire las flacuchas pantorrillas cubiertas con medias de seda negras.

– Delicioso traje, – decía la princesa; – la justicia no se ve, pero lo que es la gracia, no te falta; sólo al verte me desternillo de risa.

Las extravagancias é insensateces de Sanserenina, fueron tantas y tales, que llegaron á ser conocidas de los buenos y pacíficos tontinopolitanos, quienes temblaron ante la idea de ser algún día gobernados por ella, y quizá hubieran pensado en armar una revolución, si no hubiese estado tan arraigado en sus corazones el amor á la dinastía y tan convencidos del derecho divino que á sus reyes ó reinas asistía de guiarlos por el camino del bien y de la felicidad.

Mas ocurrió en cierta ocasión algo que excitó tanto los ánimos de los tontinopolitanos, que el gobierno de S. M. Sansereni I y hasta el mismo rey pensaron en curar á la princesita de aquellas intolerables extravagancias.

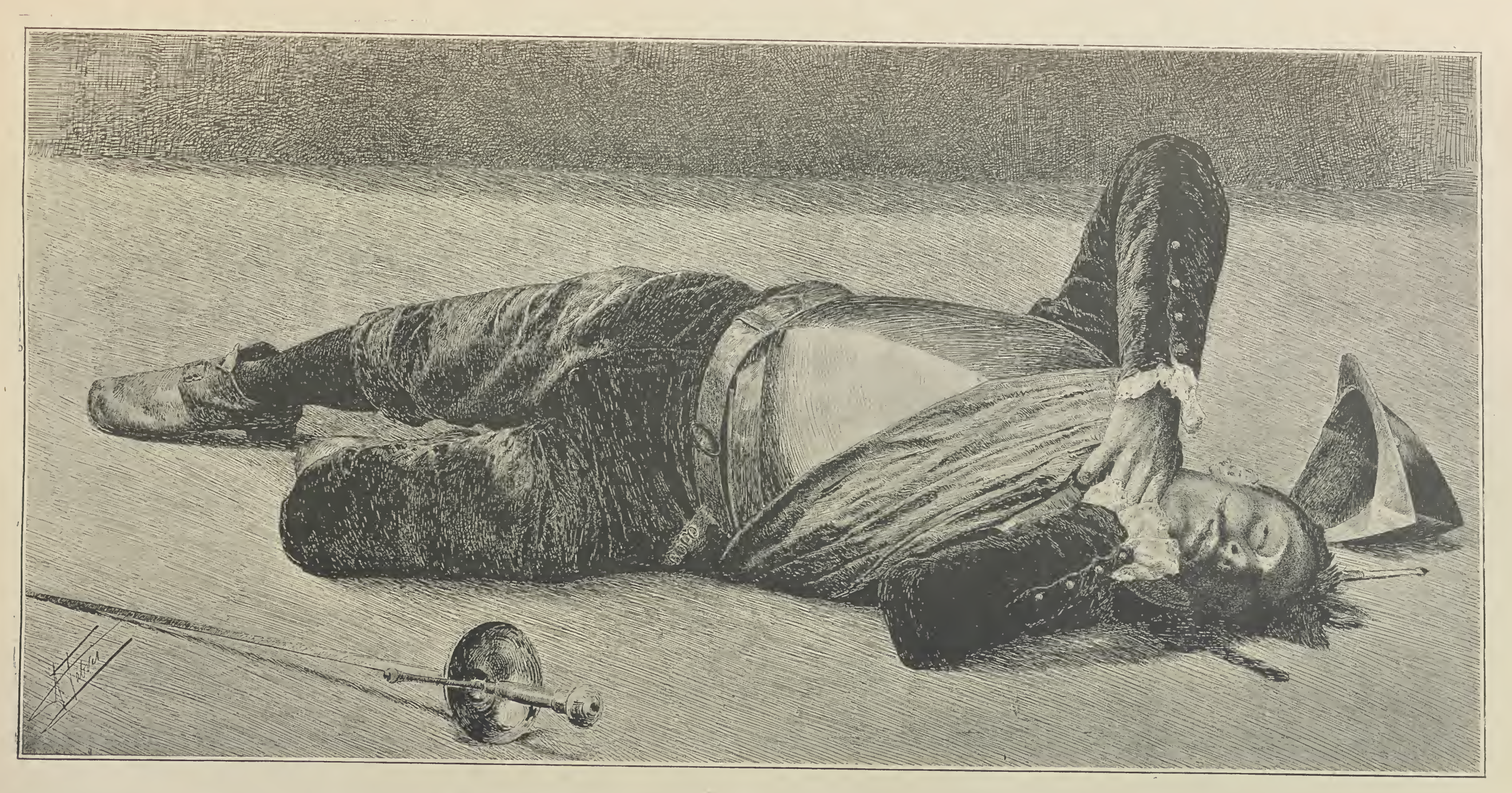
El caso, á la verdad, merecía que se nombrase una comisión que buscara remedio.

Sanserenina dispuso en cierta tarde una revista de la guardia real de su padre. Privó á los oficiales de sus espadas y de sus lanzas á los soldados y armó á aquellos con cierta arma medicinal, cuyo nombre niégase á estampar mi pluma en el papel, pero que sirve para... para llevar al vientre líquidos que limpian y fijan, ya que no dan

EN EL JARDIN DEL HOSPICIO, cuadro de C. Frithjoff Smith, (presentado en la Exposición de Munich)



MATER DOLOROSA, escultura en bronce de Agustín Querol, grabada por R. Bong



EL HERIDO, notable dibujo á la pluma de D. A. Fabrés, reproducido fotográficamente



Apuntes del natural, dibujo á la pluma de B. Galofre

esplendor, sino otra cosa, y á los soldados hízoles empuñar viles escobas en vez de nobles lanzas.

La revista se verificó con gran escándalo de los bizarros generales del reino, y con no menos asombro del protomedicato que quiso ver en aquello terrible epigrama que les indicaba que si los guerreros matan con espadas y arcabuces, ellos asesinan alevosamente, es decir, por detrás, con aquella arma, no de fuego, sino de agua.

A la revista acudió la princesa, hizo que la presentaran las armas, en actitud de disparar, y todo esto hubiera sido recibido por el buen pueblo tontinopolitano, como una broma más ó menos culta, pero no pudo transigir con el descoco de la princesa.

Sanserenina presenció el desfile, vestida con traje griego, al aire la bien formada pantorrilla, desnudos los torneados hombros y algo y aun algos más, coronada la cabeza de malvas y otras hierbas medicinales, y en la diminuta mano aprisionada con guante en el cual veíanse bordadas las armas del reino, en lugar del augusto cetro un inmenso palo de regaliz con dos cebollinos en sus extremos.

Durante el desfile, la princesita rió á carcajadas, bailó desenfrenadamente, dejando ver cosas tales, que aunque regias produjeron la hilaridad del buen pueblo, saltó, manoteó, gritó, movióse como una ardilla, hizo dar volteretas á su aya, arengó á los soldados y, por fin, arrojó su corona al pueblo diciendo: comésola; y el cetro al general que mandaba la regia guardia, con tal acierto, que uno de los cebollinos dióle en un ojo y el otro hízole saltar uno de los pocos dientes que adornaban la boca del vetusto general.

Aplaudió el pueblo hasta despellejarse las palmas de las manos, que siempre y en todos los tiempos gustó el populacho de ver aporreada á la autoridad, hizo la princesa un picaresco batimán, apuró de un trago un gran vaso de vino de Falerno y fuése hasta palacio en amable consorcio con el palafrenero á quien hizo ministro de Fomento.

– ¡Escándalo! – gritó el pueblo.
– ¡Locura! – exclamaron los médicos.
– ¡Venganza! – chillaron los militares.
– ¡Inmoralidad! – clamaba el clero.

Y el pobre general:

– ¡Arnica, árnica! – decía llevándose ambas manos al inflamado ojo y á la vacía boca.

Al siguiente día, para calmar la excitación popular, publicó el gobierno en el diario oficial, una real orden, disponiendo que la princesa quedara bajo la tutela del eminente filósofo del reino Cecomasin Subjetividad, y que se nombrara una comisión que buscara eficaz remedio para sanar á la desdichada princesa, digna entonces y más que nunca del amor del pueblo por su desdicha.

La real orden convenció al pueblo, quien perdonó á la princesa y por su desdicha púsose á amarla con culto verdaderamente monárquico.

La comisión nombrada, tardó tres meses en reunirse, celebró veintiocho sesiones, nombró un ponente que dictaminase y al cabo de año y medio vino á averiguar que no era de su incumbencia resolver en aquel caso, y que debía pedirse dictamen al Gran consejo del reino.

Lloraba en tanto Sansereni I, el desdichado padre de la princesa y, por fin, con mejor sentido que la comisión nombrada, pidió consejo á Cecomasín Subjetividad, quien fué de parecer se llamase á los magos del reino y fueran éstos quienes dijeran la enfermedad que la princesa padecía y los remedios que para su curación debían emplearse.

Hízose así, pero antes disolvióse siempre de real orden la comisión, no sin darle las gracias y conceder veinte grandes cruces y otros tantos títulos nobiliarios, para otros tantos individuos que la compusieran, concediéndoseles tales gracias por el celo é inteligencia con que habían desempeñado su cometido.

Los magos del reino consultaron las estrellas, echaron en una aljofaina llena de agua un huevo de gallina negra para averiguar el horóscopo de Sanserenina, vieron si el año de su nacimiento era climatérico, trazaron signos y jeroglíficos egipcios, hicieron cábalas y por fin proclamaron enfáticamente que la princesa cometía tonterías porque era tonta, á lo cual el filósofo replicó que fundándose en la razón igual y contraria, los magos eran tontos porque cometían tonterías, y ya sin andarse en más ambages ni rodeos y prescindiendo de comisiones y magias blancas ó negras, fuése al rey y díjole con respeto, sí, mas con decisión:

– Señor, permitidme, que, postrado ante vuestros reales pies, bajo los cuales tiembla la tierra y el mismo cielo se nubla, envidioso de su grandeza (y cierto era que su graciosa majestad tenía unos pies que por su grandeza nublábanse los cielos y temblaba la tierra); permitid que el más humilde de vuestros siervos, aquel cuyos ojos jamás se atreverán á fijarse en los soles que bajo vuestra frente fulguran é irradian toda luz, toda belleza y toda verdad, os diga el resultado de sus pobres estudios respecto á la muy alta, muy noble y augusta princesa Sanserenina.

– Habla, súbdito, – dijo el rey, – mas, piensa en lo que hablas, pues si tus palabras no resuelven el problema, entregaré tu cabeza á la princesa y ella sabrá convertirla en un limpia-plumas.

– Señor, mi cabeza está muy asegurada sobre mis hombros, y mi dicha no será tanta que alcance esta despreciable testa mía, el inmenso é inmerecido honor de servir de limpia-plumas á la más bella de todas las princesas. Esta cabeza, que por vuestra majestad piensa, que por vuestra majestad estudia, ha desubierto el mal de la princesa. La desdichada niña es insensata y su insensatez cúrase sólo con un tarro de ungüento de sentido común.

– ¿Y qué haces – replicó el rey con voz estentórea – que no vas á la botica en busca de ese ungüento? En qué piensas, pues sabiéndolo no aplicas el remedio? ¡Ah, imbécil filósofo! la ambición te ciega; ¿quieres indudablemente, que esa calabaza á que llamas cabeza, alcance el honor de adornar la mesa-escritorio de mi hija? Te engañas, viejo loco, si tal piensas; tamaño honor no lo alcanzarás hasta que encuentres ese ungüento que ha de sanar á mi hija.

– ¡Señor, señor! que si ese ungüento se encontrara por aquí, ni esto sería Tontinópolis, ni V. M. sería rey, ni jamás alcanzaría mi pobre cabeza el honor de que en estos crespos cabellos se limpiaran las plumas de Su Alteza.

– Sea lo que sea y suceda lo que suceda, venga ese ungüento; sane mi hija; reine en mis Estados y moriré tranquilo. Dispón de mis tesoros, vende mi áurea corona, arma mis ejércitos de mar y tierra, conquista el país en que se encuentre ese maravilloso ungüento, y si lo consigues, cúbrete de honores, yo desde ahora te los doy, serás después del rey la primera persona de Tontinópolis, y por lo tanto de todo el universo mundo. Dime, – continuó el rey; – ¿no está mi reino enclavado entre Villasofía, país de los más sabios filósofos, Insania, reino de los médicos más afamados, Lirismía, habitado por los más inspirados poetas, Villanecia por la más antigua y empingorotada aristocracia, Curialdea por los jurisconsultos más profundos, y Herculeoloquía, reino de los más fornidos y esforzados varones? pues en alguno de ellos encontrarás ese precioso ungüento; envía emisarios que recorran esos países y ¡ay de tí! si el unguento no parece.

Concluyó el rey su discurso y alejóse dejando al pobre Cecomasin con las rodillas clavadas en tierra y con un palmo de boca abierta. Llevóse ambas manos á la cabeza y dijo acariciándola: – Serás limpia-plumas. El ungüento no parecerá: ¿cómo ha de parecer, si yo, que algo enía, acabo de perderlo? ¿Es acaso de sentido común decir á un rey que no lo tiene, que su hija aun le hace parecer sensato? Moriré, sí, pero antes quiero defender mi pobre cabeza. Enviaré esos emisarios y quizá halle algún medio de engañar á ese rey tirano, y más que tirano imbécil.

Dispúsose todo para la salida de los emisarios y allá se fueron llevándose las esperanzas del rey y dejando á Cecomasin meditando una treta que remediara la necedad que con su confesión había cometido.

¿Qué hacía entre tanto la ilustre enfermita?

Mientras la nación entera se preocupaba por su salud, ella engordaba, hasta ponerse como un rollito de manteca.

Mientras en todas las iglesias hacíanse rogativas para que el ungüento pareciese, ella sin cuidarse de Dios, hacía mil diabluras.

Pasaba su vida vistiéndose ricos pero extravagantes trajes.

Entretenía sus horas leyendo libros de caballerías, ó idilios pastoriles. Soñaba con un apuesto guerrero que la libertara de la tiranía de su padre que encerrada la tenía, y hacía y decía mil disparates.

Sentía celos de todas las damas de su servicio y poníase furiosa si imaginaba que alguna la superaba en belleza.

Otras veces fingíase pastorcita de la Arcadia y lloraba desdenes de algún Leandro, guardador de puercos.

Y así la ociosidad, la adulación perpetua, la satisfacción de sus más insignificantes caprichos, y sobre todo aquellas lecturas de leyendas fantásticas repetidas día y noche, hicieron de ella un Quijote hembra; que también como al ingenioso hidalgo se le derritieron los sesos por pasarse las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio.

Pasaron días y por fin llegó á la corte de Tontinópolis el emisario enviado al reino de Curialdea. Momentos antes de su llegada súpose que, según él, llevaba el apetecido ungüento.

Echáronse las campanas al vuelo, colgáronse los balcones, quemáronse cohetes y todo júbilo fué la gran Tontinópolis. Mandó el rey Sansereni, que á presencia de la princesa, se reunieran los notables de la corte hallándose entre ellos Cecomasin para que se procediera á untar á Sanserenina con el unguento de sentido común y se lograra la ansiada cura.

Colocóse el rey sobre un alto sitial, teniendo á su lado á la princesa, llegó el emisario polvoriento, pálido y demacrado, refirió en un académico discurso las mil fatigas que pasó para lograr el remedio buscado y, por fin,


EL TRABAJO, estudio para una figura decorativa por Pellicer

mún, sin ser un sentido material en lo referente á la sensualidad, tampoco era común, considerado espiritualmente, según habían dicho San Crisóstomo, Hegel, Tales de Mileto y otro tales. Lirismía envió á la corte de Sansereni una vasija en forma de lira, la cual al ser abierta dejó escapar consonantes, sonetos, odas, romances, dientes de perlas, manos de nieve y una larga melena que al aire agarró la princesa, calósela á manera de peluca y espetó tal tirada de versos, que todos los oyentes quedaron dormidos.

Herculeoloquía mandó unas terribles pesas y una máxima que decía: *Pega y vencerás.* Oyó la máxima Sanserenina, arrancó de la cabeza de su padre la pesada corona de oro, hizo con ella seis ó siete pirricos, y para probar sus fuerzas, soltó tal puñetazo al rey en su augusta nuca, que al suelo vínose Su Majestad, mientras la princesa decía: *Pegué y vencí.*

Lágrimas de sangre derramaba Cecomasin pensando en su futura suerte.

Lágrimas de fuego lloraba el rey, por el dolor que en su nuca sentía, pero más aún porque había perdido la esperanza de que su hija sanase.

En su desconsuelo y en su rabia, díjose: Comparta alguien la pena que sufro, y mandó encarcelar á Cecomasin y dispuso fuese decapitado en el término de tercero día.

Gemía en su calabozo obscuro el imprudente filósofo, cuando una tarde, víspera del día en que debía ser ejecutado, vino á sacarlo de su prisión un hombre de aspecto rudo, de grandes y callosas manos, de rostro afeitado como el de cómico ó clérigo, y

sacó de un maletín una amarillenta caja envuelta en pergamino y atada con balduque.

Con precauciones mil, abrióse la caja, y apenas fué abierta, escapáronse de ella mil palabras extrañas: *jus, bastanteado, auto, diligencia, providencia, como mejor proceda* y al final un largo é ininteligible discurso encaminado á probar que lo verde era rojo, que el criminal era inocente, que el dueño de una casa, no era dueño sino detentador, y por último, que no hay más sentencia con sentido común, que aquella que dice: pleitos tengas y los ganes. Abierta que fué la misteriosa caja, levantóse la princesa, hízose con su pañuelo un gorro á manera de birrete y endilgó á los concurrentes un discurso defendiendo su derecho á llevar pantalones, con tales argumentos, que tentado estuvo alguno de cedérselos. Citó la princesa leyes de los griegos, de los romanos, egipcios, cartagineses y gallegos, y por fin concluyó pidiendo para su padre la pena de tres meses y un día de arresto *perpetuo* por el bárbaro delito de paternidad.

¿Quién pudiera describir el alboroto que se armó? Voces por aquí, protestas por allá, rugidos de indignación en la extrema derecha, frenéticos aplausos en la izquierda, tinteros por el aire, el cetro real rodando por los suelos, histéricas carcajadas de la princesa, el tricornio de un alguacil colocado sobre el empinado moño de una coqueta dama de la corte, y una algarabía infernal que terminó en cuanto Cecomasin arrojó por una ventana la caja de unguento de sentido común enviado por la nación llamada Curialdea.

La indignación de Sansereni fué tal que quiso entregar á Cecomasin en manos del verdugo, mas la esperanza de que los otros emisarios trajeran el ansiado remedio salvó la cabeza del pobre hombre.

Larga sería esta historia si detalladamente hubiera de referirse la llegada de los demás emisarios.

El enviado á Villanecia trajo un pequeño frasquito perfumado con ámbar y almizcle; abrióse el frasco y salieron de él genealogías del Rey que rabió y á quien por esto debieron poner bozal, frases sin sentido, cortesías, pasos de rigodón, sangre azul, y otras cosas que de tal modo trastornaron el juicio de la princesa que casi hubo necesidad de ponerla una camisa de fuerza para que olvidase los efectos del ungüento enviado por el país de la distinción aristocrática.

El reino de Insania mandó un tarro de botica, que al ser abierto produjo tales retortijones de vientre á la princesa que á poco si da qué hacer á los enterradores. Del frasco de Insania salieron recetas escritas en latín bárbaro, dracmas de discusiones sobre el vitalismo y organicionismo, disquisiciones sobre el hipnotismo y otras muchas cosas muy útiles, pero ni un adarme de sentido común.

Villasofía, país de los filósofos, envió un tratado diciendo que el hombre era un compuesto neutro del yo amalgamado con el no yo, que la subjetividad era igual y opuesta á la objetividad en sus relaciones con lo consciente sensible derivado del juicio, y que el sentido co-vistiendo el traje de los labradores de la sierra más alejada de la capital de Tontinópolis.

– Oye, – dijo el labrador, – no te pese haber aconsejado al rey como le aconsejaste. El ungüento de sentido común se impone siempre, y esta vez se impondrá también. El rey Sansereni me ha concedido tu vida y tu libertad, respondiendo yo con mi cabeza de la curación de la princesa.

– ¿Y la curarás? – dijo el filósofo.

– Sí, – respondió el labrador.

– ¿Con qué?

– Es mi secreto. Tú conoces la teoría, sabes que debe tenerse sentido común, pero no sabes darlo. Yo soy el práctico y sé darlo. Tú el científico, yo el artesano. Te he librado la vida, porque tengo eso qué tú por un momento olvidaste debe tenerse siempre. Sal de estos reinos, ve á ofrecer tus servicios á otro monarca, pero no olvides lo que la experiencia te enseñó: á los reyes se les adula, pero jamás se les dice la verdad. Impónsela si puedes, pero no se la digas, ni les dejes entender que sabes más que ellos. Adios, Cecomasin, – dijo el labrador. – Dios te guarde.

– El va contigo, – contestó el filósofo; – quien así habla, más que un filósofo sabe y vale.

Dichas estas palabras, alejóse el sabio que por un momento olvidóse de su sabiduría y ya nadie supo más de él en el reino de Tontinópolis.

Ahora, seguramente, querrá saber el lector qué es lo que había ocurrido que tal autoridad había dado á un rudo labriego. Pues siga leyendo y satisfará su curiosidad.

Languidecía S. M. Sansereni, creyendo imposible la curación de su hija. Presentóse en el real palacio Prudencio Operator, que este era el nombre del labriego, y después de solicitar y hasta pelear para conseguir se le llevase á la presencia del rey, consiguió su deseo.

– Señor, – dijo, – ¿deseáis que vuestra hija sane de su mal?

– Con el alma lo deseo.

– Yo sabré sanarla, mas necesito ciertas concesiones, – dijo Prudencio.

– Mi reino es tuyo, mis tesoros, mis...

– Nada de eso necesito.

– Habla, cuanto pidas tendrás.

– Primeramente la libertad de Cecomasin.

– Libre es, – repuso el rey.

– Después exijo, – dijo el labriego, – que vuestra hija venga conmigo.

– Eso nunca.

– Con mi vida respondo de la suya.

– Ahogándome estoy y no miro la solidez de la tabla á que me asgo. Llévate á mi hija; ¿qué recompensa me pides, si la curas?

– Ninguna, ella se encargará de dármela.

Prudencio llevóse consigo á Sanserenina.

En palacio le ofrecieron cómodas literas, pero renunció á ellas. Sanserenina llegó á lo más abrupto y empinado de la sierra de Labor, con los antes delicados pies, duros y callosos, como los de las pastorcitas cuya suerte envidió algún día.

Amenazas, arrebatos de ira, súplicas tiernas, lágrimas amargas, nada conmovió el alma dura de Prudencio.

En un elevado pico de una altísima montaña veíase una modestísima choza que bien pudiera calificarse de miserable, rodeada de algunos terrenos cuidadosamente labrados. Aquel fué el término del duro viaje de la dulcísima princesita y del labriego adusto.

Llegados que fueron á la choza, ordenó Prudencio á su huéspeda regia que se desprendiese de su rico traje de brocado, algo ajado por el viaje, y arrojándole á un arroyo que corría á los pies de un despeñadero, dijo:

– Viste esa honrada falda de bayeta; fué de mi madre; jamás tus carnes habrán estado mejor cubiertas.

Pateó y rabió Sanserenina, negóse á vestir aquella remendada falda de bayeta amarilla, pero al fin el frío del anochecer la hizo aceptar aquello que antes mirara con repugnancia y asco.

A la mañana siguiente, apenas había aparecido el sol, despertó Prudencio á Sanserenina y le dijo:

– Voy á mís trabajos, no volveré hasta muy entrada la noche, ahí tienes patatas, pan y carne de cordero, cuando tengas hambre condimenta tu comida; – y diciendo esto se alejó.

Muchas horas pasó la princesa contemplando aquel pan negro y las demás viandas. Lloraba y lloraba y hacíase juramentos de que antes moriría que llevar á su regia boca aquellos repugnantes manjares; mas dieron las seis de la tarde y pudo más el hambre que los juramentos y devoró con avidez un trozo de aquel pan negro.

Repitióse aquella escena y á los pocos días la princesa asaba y cocía patatas y no pasaron muchas semanas sin que aprendiera á hacer algunos guisados de carne de carnero y de patatas que en verdad, en verdad, que olían tan apetitosamente, que quizá hubieran sido paladeados con verdadero placer hasta por el mismo rey Sansereni.

Transcurrió así algún tiempo y poco á poco desaparecían los accesos de ira y las extravagancias de Sanserenina, pero sin que la curación fuese completa.

Prudencio sin embargo no desconfiaba. Aun falta el último remedio, se decía.

Con el tiempo las ropas interiores de Sanserenina se deterioraron hasta el punto de no poder usarse.

Un día dijo la princesa—Prudencio, no tengo camisa.

– Háztela, – repuso el labriego.

– ¿Y cómo? – dijo la regia niña.

– Toma, – contestó Prudencio, entregándole una rueca, un huso y lino.

Cuánto sufrió la infeliz Sanserenina antes de aprender á hilar; mas al fin aprendió y desde aquel día dióla Prudencio por curada. Sanserenina ocupaba todas las horas del día en los quehaceres domésticos y en dar vueltas al huso y naturalmente no tenía tiempo para pensar en extravagancias.

Dejó Prudencio transcurrir seis meses que él llamó de convalecencia y por fin un día devolvió á su padre á la niña bien untada con el unguento de sentido común.

¡Qué de agasajos hizo el rey á Prudencio, qué de ofrecimientos! mas nada quiso aceptar el discreto labrador.

– Si merezco recompensa, – dijo, – ella vendrá, – y ausentóse de la corte.

¡Oh dolor terrible del rey Sansereni! Su hija volvía curada de su insensatez, mas ¿quién la curaría de aquella melancolía que sufría entonces?

Una tarde acercóse el rey á su hija y acariciándola la dijo con cariñosa voz: – ¿Qué deseas, niña mía?


IGLESIA DE VALLFOGONA DE RIUCORP, en cuyo pórtico está enterrado el célebre rector.

Apunte del natural por Pellicer



UNA NINFA, cuadro de Guillermo Balmer

– Volver á la sierra; sin Prudencio no puedo vivir, esta holganza me mata, necesito hacer algo, necesito que Prudencio... – Vendrá Prudencio, – dijo el rey, – y Prudencio vino y el lector adivinará lo que ocurrió y saboreará la miga de este cuento, si es que la tiene.

Ricardo Revenga

PERSONAS DECENTES

I

El Sr. Roque López era lo que se llama una persona decente. Aunque contaba ya más de catorce años de cesantía, primero hubiera permitido permanecer en su casa condenado á prisión perpetua que salir á la calle sin corbata, chistera y faldones que son, como sabe el curioso lector, las tres prendas esenciales del traje de una persona decente. Su misma prolongada cesantía demostraba elocuentemente el temor, mejor dicho, la decisión inquebrantable del Sr. Roque de no descender de su categoría. ¡Había sido oficial sexto de un Ministerio! Su tío (¡ah! su tío! ¡su señor tío!) había sido clérigo, aunque de misa y media olla, pues los emolumentos nunca consintieron olla entera! La sotana del tío y el empleo del sobrino fijaron decisivamente el porvenir del último, el cual había rechazado con mal disimulada indignación un destino de guardia de consumos, la plaza de sacristán de la parroquia de San Lorenzo, y antes se dejara cortar las blancas manos que ensuciarlas con el polvo y las callosidades del trabajo.

Fiel á su divisa, catorce años vivió muriendo el señor Roque, y vivieron muriendo su mujer y sus tres hijos Ramón, Juan y Rosario, y del todo acabaran unos y otros á no ser por la mujer, por Bernarda que sabía perfectamente cómo se interesa al ultramarinero para que fíe comestibles, cómo se paran los golpes del casero más implacable, cómo en fin se dirigen memoriales á los grandes y sablazos á los pequeños... Delgadita, ajado el rostro por el continuo padecer, con una sonrisa suplicante que había petrificado en sus labios la pedigüeñería perpetua, recorría Bernarda las calles de Madrid cien veces al día; ya entraba en una casa, ya salía de la otra, y jamás volvió á la suya sin cuatro ó cinco reales de vellón, de los que próximamente la mitad se invertían en el consumo doméstico, y tres solían reservarse para los cigarrillos del señor Roque y para que éste no alterase su costumbre de tomar café todas las tardes en el de Zaragoza, de cuatro á seis, en la grata compañía de media docena de amigos, personas muy decentes también. Bernarda, enamorada sinceramente de su marido, hubiérase creído deshonrada si su Roque hubiera tenido necesidad de interrumpir sus costumbres y género de vida. Es muy de las mujeres adorar los defectos de los que aman.

Lo que ni Bernarda ni su marido pudieron pensar durante aquella peregrinación de catorce años por el desierto de la miseria fué en proporcionar á sus hijos un medio decoroso de ganarse la vida. A oficios no habían de dignarse unos chicos decentes; para carrera no alcanzaban los recursos de la familia; resultado: que cumplieron Ramón los veinte años y Juan los diez y ocho sin ser otra cosa que personas decentísimas como su padre.

Pero he aquí que Juan descubrió de repente cualidades que hasta entonces había tenido muy ocultas, y que no acierta uno á explicarse cómo se desarrollaron en aquel medio ambiente de exquisita decencia que era la atmósfera de la casa de López. Fué el caso que una mañana de domingo apareció Juan en la plazuela de Antón Martín tras de un enorme cesto de baratijas, lleno de bisutería de toda clase de mil desperdicios de bazar, con regular cosecha de juguetes más ó menos deteriorados, y dando cada voz que metía miedo: «A real y medio la pieza, caballeros... Todo, todo se vende á real y medio.»

El Sr. Roque se indignó profundamente cuando supo esto. No concebía él que la sangre de los López fuese capaz de semejante bajeza; no comprendía que así, sin más ni menos, se tirase por la ventana, al lodo de las calles, la decencia de una familia. Pero á pesar de todo Juan se impuso, su industria prosperó, y el mismo señor Roque concluyó por saborear el resultado, pues no le venía mal aquello de comer caliente tres veces al día, y que la tacita de café cuotidiano se reforzase con media copa de ron y marrasquino y un veguero de á diez céntimos la mayor parte de los días. Aquello en verdad no amenguaba, antes bien aumentaba el decoro del señor Roque y afianzaba su crédito de persona decente entre sus contertulios del café.

La quinta (¡maldita contribución de sangre! que decía el Sr. Roque) vino arteramente á cerrar el paréntesis dichoso que la industria de Juan había sabido abrir en la vida de los López. Y mire V., – decía el Sr. Roque aquella tarde á su compañero de café D. Adolfo de la Pericusa, teniente de provinciales retirado, – mire V., ese chico que parecía de arranque y de genio, no encuentra por ahí cuatro mil miserables realejos que se necesitan para la redención. Ya veo que es tan pacato y poquita cosa como yo. – Pero ¿por qué – se atrevió á interrumpirle D. Adolfo – su hermano no se hace cargo de su negocio? – El señor Roque sonriendo de una manera indefinible exclamó: – ¡Ca! no señor; mi hijo Ramón no se rebaja tan fácilmente: se necesitan tripas como las de Juan para despojarse así de la dignidad de persona decente.

II

No era Rosario una señorita, como creía ó fingía creerlo el Sr. Roque: el medio ambiente modeló su alma y el aire de su cuerpo al patrón propio de las cosas en que vivió desde niña, y de las amistades y tratos que las mismas cosas le trajeron consigo. Pero si no señorita, era sí una hembra soberbia de pañuelo á la cabeza que cuando bajaba por la calle de Lavapiés hacia la plazuela en que tenían su hogar los López, robaba ojos y corazones con el sandunguero movimiento de su cuerpecito delgado, fino y flexible, con el hermoso corte y graciosa expresión de su rostro blanco, rosado y trasparente, hasta con el ruido gratísimo que producían sus enaguas almidonadas al rozar con las losas del pavimento. La buena suerte de Juan coincidió con el brote supremo de la magnífica juventud de Rosario, y el dinero ganado con el bazar ambulante que más gallardamente se lució, fué sin duda el empleado en alegres multicolores, faldas de percal, ceñidas chaquetillas y más ceñidos corpiños de raso, ó en mantones de espumilla y alfombrados que caían, no sin graciosa majestad, sobre aquel busto, al que la naturaleza no había concedido más materia que la precisa para que se dibujaran deliciosamente las delicadas curvas del sexo. Era grandísimo el partido de Rosario entre los mocitos garbosos de Lavapiés, y hasta un célebre sobresaliente de espada, que estaba ya entre si ascendía ó no ascendía á matador de número, bebía los vientos por ella.

La triste tarde en que se confirmó la noticia de la quinta de Juan era un verdadero duelo la casa de López. Acababa de regresar de su café (así llamaba al de Zaragoza) el Sr. Roque ó sea el Sr. D. Roque como él gustaba que le dijeran, aunque aquellos insolentones de vecinos no entraban por el Don ni á la viva fuerza; acababa de regresar, repetimos, y no bien dejó caer en un rincón el bastoncito que siempre le acompañaba, y sobre la cómoda el hongo raído que con la cazadora de paño oscuro, pantalón y chaleco más claros y corbata de raso azul constituía su vestuario cuotidiano, dejóse él á su vez caer con indolencia sobre un extremo del sofá de anea que presidía á doce sillas de la misma clase, y después de suspirar profundamente exclamó:

– Y ese muchacho ¿no ha pensado en nada?

– ¿Qué quieres que piense? – respondió Bernarda con voz entrecortada por los sollozos, desde un rincón de la sala, en que permanecía acurrucada. – ¿Qué quieres que piense? – repitió dos ó tres veces. – ¿Se encuentran ahí 4,000 reales á la puerta de la calle? Bastante ha hecho y hace el pobrecito...

– Sí, – respondió en tono satírico el Sr. Roque; – ¡bastante ha hecho! ¡Mucha bulla, mucho desplante, mucho *qué se me da á mí*, y luego cuando la ocasión ha llegado de veras, dejarnos en las astas del toro!

Entró Ramón, el hijo mayor de los López. Era un chicarrón alto y desgarbado, de cara fea y modales bastos.

– Padre, – dijo después de sentarse, – he hablado con el tío Facundo, y se presta á facilitarnos los cuatro mil consabidos.

El Sr. Roque y su mujer abrieron tanto ojo.

– Algo durillas son las condiciones. Pero ya se sabe que no se vende gratis el almíbar.

– Esos tunantes de usureros, – añadió el Sr. Roque, – no son, ni lo fueron nunca personas decentes.

– Pero es el caso, – interrumpió Ramón, – que acabo de hablar con Juan y se niega á tomar el dinero.

Todavía fueron mayores los ojos que abrieron al oir esto el Sr. Roque y Bernarda.

– Y vaya que no lo tomaré, – dijo Juan que entraba en aquel momento y había oido á su hermano. – La quinta sólo dura un par de años; pero si me comprometo con el tío Facundo ó con cualquier otro usurero, quedo esclavo de por vida. No volvería jamás á levantar cabeza.

– Lo que es triquiñuelas no te faltan á tí, – interrumpió el Sr. Roque. – Déjate, hombre, guiar por tu hermano Ramón, que es listo, más listo que tú...

– Pues que apechugue con el canasto como he apechugado yo.



UN COMERCIO, boceto de Federico Vezin



DEDALO E ICARO, grupo en yeso de M. Lock


EL EMPERADOR GUILLERMO II Y SU SÉQUITO EN LAS MANIOBRAS

– ¡Qué bonito, hombre! ¡qué bonito! – dijo picado Ramón. – Lo único que faltaba era eso. Vamos aquí á ser todos mercachifles al menudeo...

Se abrió la puerta que comunicaba la sala con la alcoba y apareció en el dintel Rosario. Estaba en enaguas, y su tentador corsé mal ajustado, no sólo dejaba descubiertas las deliciosas blancuras de hombros, brazos, garganta y espaldas, sino que como copa llena hasta los bordes rebosaba de aquellas dulces curvas que son el supremo encanto de la mujér. En su rostro se notaban las señales de haber llorado mucho.

– No perderías nada, – dijo dirigiéndose á Ramón, – con ganarte honradamente la vida como se la gana Juan y me la ganaré yo en cuanto Juan se marche.

– ¿Qué dices, niña? – interrumpió el Sr. Roque.

– Pues digo, – añadió Rosario en tono firme, – que la que paseará por las calles con el cesto será la hija de mi madre.

– ¡Qué gracia! ¡Si aquí se oyen unas cosas! Vamos, me parece que á una señorita no se la puede pedir más.

– ¡Qué señorita de caracoles! – interrumpió vivamente Rosario á su padre. – Lo que yo quiero es ganarme un pedazo de pan, sin pasar por el sonrojo de pedir.

No se pusieron de acuerdo. Entre el Sr. Roque y Ramón sí acordaron que pretenderían ambos un destino. El Sr. Roque López, en vista del estado precario de la familia, se resignaba á tomar cualquier cosa, cabo de con sumos v. g.; Ramón, aunque fuese un miserable empleo de 4,000 reales, aceptaría. En los trances apurados, dijeron padre é hijo, es cuando se conocen los hombres. No es degradación, afirmó sentenciosamente el Sr. Roque, atemperarse á las circunstancias. Ramón adujo el ejemplo de Luis Felipe, rey de los franceses, que en sus malos tiempos se metió en Ginebra á maestro de Matemáticas.

A los pocos días partió Juan á Burgos á incorporarse al regimiento. Hubo lágrimas para inundar á Madrid. A la vuelta de la estación, fué la casa un campo de Agramante. Rosario se empeñaba en seguir la industria de su hermano. No lo consintieron los varones de la familia.

Lo que había que hacer era buscar las dos credenciales, una para el Sr. Roque, otra para Ramón. Bernarda había recibido de su Juan, en la misma estación, minutos antes de arrancar el tren, un paquetito de monedas de plata que montaba veinte duros cabales. Si aquellos duros hubieran hablado ¡qué interesante historia del género psicológico-íntimo hubieran podido referir! Hubieran dicho quizás que un egoísmo inspirado en otros egoísmos, el egoísmo de Juan enardecido por la contemplación de los que veía á su alrededor, los llevó al más escondido rincón del bolsillo del recluta; pero que luego á la vista de la madre y de la hermana llorando, el recluta no pudo resistir, y en un brote de su bondad nativa, volvieron á salir los duros y pasaron á manos de la madre desolada... ¡Hermoso triunfo de la virtud del sacrificio! Duros, no de vil metal como os llaman los poetas, sino transfigurados, por las virtudes que más ennoblecen al hombre, en algo superior á la plata y al oro!

Aquellos veinte duros daban para algunos días. Por lo pronto daban, según el Sr. Roque, para buscar dos destinos con cierto descanso. En este pícaro Madrid, añadía el mismo señor, ya se sabe que sin gastar dinero no se alcanza nada. A casa de uno no le van á traer la sopa boba. Es necesario ir donde va la gente que puede. Y como la gente que puede donde va en Madrid es á los cafés, no hay más remedio que ir á los cafés á buscarla. El Sr. Roque en virtud de esto no dejó de asistir todas las tardes á su café de Zaragoza. Bien es verdad que iba con buen fin el hombre.

Ramón, según él aseguraba, también andaba por aquí y por allá rastreando la huella de algun destinejo. Y ¡mire V. lo que son las cosas en este mundo pícaro, y sobre todo en este Madrid de los diablos! Por ninguna parte, pero lo que se dice por ninguna, descubríase la cola del más miserable empleo á que pudiera asirse el bueno de Ramón. Y eso que de los veinte duros también se llevaba algunos cuartos como de anzuelo para pescar el destino.

Pasaban los días, y pasó todo el verano, y lo que más triste fué para los López pasaron con ellos los veinte duros al lúgubre panteón de *las cosas que fueron*. Y con los veinte duros fueron pasando, desde los cofres de la casa á los estantes de los prestamistas, primero las alhajitas que Juan había comprado á su hermana, luego el reloj del Sr. Roque, después la ropa de todos más lujosa, más tarde la mediana, finalmente las mantas de las camas, y por último los colchones... Cuando en setiembre lanzó sobre la villa coronada el equinoccio sus primeros temporales, las ráfagas del aire penetraron en casa de López con el melancólico desgaire y produciendo el triste ruido que producen al entrar en una casa deshabitada.

Bernarda, excelente mujer que no había tenido en su vida otra debilidad que la de creer como artículos de fe cuanto decía su marido el Sr. Roque, cuya exquisita decencia respetaba profundamente aquella buena hija del pueblo, cayó enferma, quizás de la enfermedad del desengaño. Postrada por la calentura, pasaba Bernarda negros días y más negras noches tirada sobre un jergón de paja hecha polvo, que habían rehusado más de veinte prestamistas.

¿Y Rosario? A Rosario la dominaba el deseo de trabajar. Pero ¡si no la habían enseñado nada! ¡si, según sentencia del Sr. Roque, lo de aprender un oficio no era propio de las señoritas! A veces pasaban por la mente de Rosario ideas egoístas: ella entraría de doncella en una


EPISODIO CINEGÉTICO EN LAS MANIOBRAS

casa, comería bien, tendría cama blanda y caliente; á fin de mes un salario largo ó corto la permitiría ir desempeñando su ropita. Pero ¿y su madre? ¿y su pobre padre, el pobrecito acostumbrado toda su vida á tomar su tacita de café? ¿Qué casta de hijos eran aquellos, pensaba Rosario, que no sabían sacar adelante la casa en aquellos críticos momentos?

Cosía ropa de munición: todo el día, á la cabecera del mal jergón en que yacía su madre: por las noches á entregar la labor y recibir en cambio treinta ó cuarenta céntimos de peseta.

Y lo peor era el genio que había echado el Sr. Roque, que desde que hubo necesidad de empeñar el chaquet no salía de casa. Era la conversación del pobre hombre un lamento continuo. ¡Qué sociedad! exclamaba. Los pillos, los charranes, los sin vergüenzas arriba, este de ministro, el otro de obispo, aquel de gobernador, el de más allá de banquero; entretanto, las personas decentes metidas en un rincón, con la ropa empeñada, sin fumar en todo el santo día un cigarrillo, con la tripa como cañón de órgano. De todo esto tenían la culpa, según el mismo Sr. Roque, Cánovas, Sagasta, Castelar que vendió la república, Pavía que disolvió las Cortes... Mire V., mire V. que haber disuelto ese hombre la representación


VIVAQUE DE DRAGONES


PATRULLA DE HULANOS

Cerró la noche y salió como de costumbre Rosario. Iba tan aturdida que no reparó en un hombre, un señorito bien trajeado, que fué siguiendo desde la puerta de su casa hasta que ya en la calle de Carretas, poniéndose á su lado y tocándole suavemente en el codo, la saludó de esta manera:

– A los pies de V., Rosarito.

Volvió la cabeza la niña, despertada bruscamente á la realidad por aquel saludo inoportuno. En el puro semblante de Rosario se dibujó el espanto más hondo. Miró á su interlocutor de alto á bajo, confundiéndose en su mirada el relámpago del desprecio con algo del suplicar del náufrago que pide socorro... No supo qué contestar, y cediendo á un primer impulso instintivo, echó á correr hacia la Puerta del Sol.

Era el oscurecer, la hora en que la calle de Carretas rebosaba de gente. Tranvías y carruajes de toda clase obstruían el centro de la calle; una compacta muchedumbre llenaba las aceras.

nacional... Y se pasea por la calle como sino hubiera roto un plato... Y mientras tanto, que las personas decentes se fastidien... con toda la ropa empeñada...

Aquel sermoneo y aquella filosofía pesimista coreada á intervalos por los lamentos que salían del lecho de Bernarda, formaban en la atmósfera de la sala una nube negra, densa, asfixiante, un como vapor mefítico que sofocaba, que oprimía los pulmones, que achicaba el corazón. En medio de aquella nube sombría, en medio de aquella negra noche trabajaba Rosario en ropa hasta que rompía las agujas y estropeaba las manos.

Llegó para la chica á ser un intenso placer el momento de salir á la entrega. El viento húmedo del otoño aspirábalo con la ansiedad del que se ahoga... Poco á poco fué prolongando su paseo nocturno. Desde la calle del Carmen en que entregaba su tarea hasta la plazuela de Lavapiés invertía ya cerca de dos horas.

III

Un día el humor del Sr. Roque tocó en lo inverosímil. Juró, perjuró, bramó de rabia. Yo quiero, gritaba, que me coloquen. Y esos pillos no quieren colocarme. ¿Acaso una persona decente no merece ser colocada? Si yo me hubiese sublevado en Vicálvaro ó en Alcolea ó en el infierno, á estas horas tendría coche... Y lo que tengo es el estómago vacío. Toda una vida de honradez, toda una vida de persona decente, tal pago recibe en este país que es un presidio suelto. ¡Miserables! Y el Sr. Roque paseaba á largos pasos por la sala como una fiera enjaulada. A veces se le enredaba entre los pies una silla, y la echaba á volar entre un torbellino de ternos y maldiciones.

Rosario permaneció aterrada todo el día. Al oscurecer entró Ramón. No venía de mejor humor que su padre. No encontraba nada. Sólo un oficial de no sé qué ministerio le había prometido darle una credencial, pero para dentro de un par de días... Apenas Ramón nombró al oficial, Rosario dió un grito. Fué, según dijo, que se había pinchado con la aguja.

Rosario, á pesar de sus esfuerzos, no pudo correr: impedíaselo la gente, y de todas suertes se lo hubiera impedido su propia emoción. Fué ésta tan intensa que se desvaneció rapidísimamente. Rosario quedó inmóvil, su alma se sumergió en esa calma profunda, estúpida, que sigue inmediatamente á las grandes tempestades del océano y del corazón. El señorito estaba á su lado.

– Siento mucho, le decía, molestar á V., pero si algo vale la consideración de que jamás, jamás, volveré á importunar á V., yo le suplico que me conceda dos minutos de atención... Sé, Rosario, sé que la he ofendido á usted cruelmente; sé que soy indigno de besar el polvo de sus pies, sé que en su pura imaginación debo yo reflejarme como un asqueroso sapo, y que mis infames proposiciones han debido resonar en su alma de V. como el eco del infierno... Todo lo sé y lo comprendo todo. Pero, Rosario, yo que renuncio á los deseos más vivos de mi espíritu y de mi carne, yo que será esta la última vez que interrumpa sus honrados paseos, yo, á quien V. no volveré á ver más en la vida, no puedo renunciar, no renunciaré al buen concepto y justa estimación que V. debe tenerme. La he ofendido á V., Rosario, porque no la he conocido. V. me juzga un infame porque no me conoce. Yo soy un hombre honrado. Las fáciles costumbres de nuestra sociedad me llevaron más de una vez al pecado; confío en que no me llevarán nunca á la maldad. Perdóneme V., Rosario. Olvide lo que en estos días he tenido la indignidad, la desgracia de proponerle: todo fué un sueño lúgubre. De todo eso sólo quedan en pie mis ofrecimientos; pero sin mis condiciones infames. Yo seré el protector de su padre de V.; yo colocaré á su hermano; pero desinteresadamente... ¿Qué digo desinteresadamente? Con el interés vivísimo de obtener mi rehabilitación en el alma de V. ¿Es esto posible?

La voz del hombre que decía estas cosas parecía realmente conmovida. No hablaba, sollozaba. Rosario sintió una compasión inmensa; tenía ganas de llorar. Dijo: Gracias, y las lágrimas salieron de sus ojos á raudales...

El hombre le cogió una mano diciendo: Por Dios, Rosario.

Tres horas después entraba Rosario en su casa, más pálida que de ordinario, con cierta sonrisa entre melancólica y amarga que daba á su rostro una expresión de poema byroniano ó de copla de Heine que interesaba, repelía y entristecía al mismo tiempo. Nada de esto notaron sin embargo ni el Sr. Roque, ni su hijo Ramón. Lo que sí notaron fué que la chica sacó del bolsillo y dejó caer lentamente sobre el velador cinco monedas de á veinte reales. Padre é hijo manifestaron el asombro más vivo. – ¿Qué es esto? – preguntaron.

– Nada, – respondió Rosario con voz trémula. – Me he atrevido á pedir este dinero en la tienda. Y me lo han adelantado para que nos remediemos de algún modo. También es posible, quizás, que el de la tienda se encargue de buscar las credenciales.

– Pero ¡chica!

– Eso de las credenciales, – dijo Ramón, – se promete pronto, pero se cumple tarde. ¿Ni qué influencia puede tener un tendero, un mercachifle para ese negocio? Las credenciales ya sabremos nosotros buscarlas. Lo que hay ahora de positivo son estos cinco duros que nos vienen como pedrada en ojo de boticario. Ahora mismo me voy á la casa de préstamos de ahí en frente y traeré el chaquet de V. y mi capa. Nos iremos un ratito al café de Zaragoza.


TOQUE DE BOTA-SILLA

– Sí, sí, – respondió el Sr. Roque. – Pero antes un buen caldo para Bernarda... Tú, Rosario, te encargarás de eso. Dios aprieta, pero no ahoga... En este mundo, hijos míos, no hay que desesperar: lo que hay que conservar á todo trance es la decencia.

ANGEL SALCEDO RUÍZ.

LA CUSTODIA DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

En medio de las riquezas artísticas acumuladas en el Museo del Prado y en otros centros de la corte, llama la atención la pobreza de sus templos en objetos antiguos de los destinados al culto, como relicarios, viriles, cálices, alhajas, ornamentos, etc. Por esto interesa estudiar una de las poquísimas obras de orfebrería religiosa que posee la capital, á saber: la custodia, propiedad del Ayuntamiento y sobre cuyo autor nada sabe, ni puede decir el de estas líneas.

Es de plata, y sin duda, una de las mayores (1m60 hasta la cabeza del Salvador) y no de las menos importantes, en el grupo de las que tenemos de estilo del Renacimiento. Consta de dos cuerpos, y por su composición y traza no desmerece de las mejores; aunque el desempeño del pormenor, el repujado y cincelado, diste de la corrección, fuerza y energía de las de Sevilla, Valladolid, Avila y demás de Juan de Arfe, maestro principal de las de este tipo. Presenta una novedad sobre el sistema usualmente seguido: y es que, en realidad, esta custodia más bien son dos, una dentro de otra, reproduciendo la menor, en sus líneas generales, la forma de la exterior que la cobija. Ambas se componen de dos cuerpos, de planta cuadrada el primero y circular el segundo.


¡ALERTA! ¡UN FOSO!

En la grande, de estos dos cuerpos, el inferior está constituído por cuatro columnas que sostienen cuatro arcos rebajados, cerrando una bóveda de casquete esférico, apoyada en cuatro pechinas y con un colgante en el centro; esta construcción se halla además contrarrestada por otras cuatro columnas adosadas por fuera á los ángulos de la planta, á modo de contrafuertes, y coronadas por las estatuillas de los cuatro Evangelistas. Termina el primer cuerpo en una cornisa, decorada, en los ángulos, por cuatro jarroncillos, y en los frentes, encima de los arcos, por los cuatro doctores de la Iglesia, á cada lado de los cuales hay un ángel. Dentro de este primer cuerpo se coloca la otra custodia más pequeña.

El segundo cuerpo, tal vez algo reducido en proporción con el primero, es una rotonda formada por ocho columnas pareadas, sobre las cuales corre una cornisa, que por adorno, en vez de crestería, lleva cuatro ángeles, colocados de modo que corresponden á los cuatro frentes del cuerpo inferior y alternan con otros cuatro en los ex-

tremos. Dentro de esta rotonda se halla el Cordero místico con su banderola; terminando la obra toda, con la estatua del Salvador, vestido de túnica y con el globo en la mano.

Por último, la custodia se encuentra colocada sobre un zócalo, cuyos cuatro ángulos decoran otras tantas pirámides.

Vengamos á la segunda custodia, la menor, colocada, como ya se ha dicho, dentro de la grande. Su cuerpo inferior es análogo al de ésta, pero de estructura adintelada, en vez de arqueada, como ella, en los cuatro huecos que forman sus frentes y que terminan por otros tantos frontones rotos; el centro de cada uno de estos lo ocupa un gran cartel con letreros alusivos. Las ocho columnas que sostienen estos frontones se hallan emplazadas fuera de la planta, dos en cada frente cuyos ingresos resultan por tanto más estrechos, comparativamente, que los de la custodia grande. Este templete descansa también sobre un zócalo bastante alto para llevar en sus cuatro lados otros tantos relieves, que representan lá Oración en el huerto, el Lavatorio, la Cena y el Espolio. Dentro de él se coloca el viril para la Sagrada Forma, en medio de cuatro ángeles adorando. El viril es dorado, de estilo churrigueresco y tiene poca importancia.

El cuerpo alto de esta segunda custodia, ya se ha dicho que es también, como el de la grande, una rotonda, con la diferencia de que las columnas que la forman, en vez de ser pareadas, están colocadas equidistantes en la circunferencia de la planta; en el interior de este cuerpo se halla otra imagen del Salvador.

Los pedestales de las columnas llevan figurados en relieve apóstoles, santos y Padres de la Iglesia.

Por último, la custodia se expone y lleva en procesión sobre unas andas de madera, que parecen del mismo gusto neoclásico de las cuatro pirámides de plata que decoran sus ángulos y los ocho jarrones del propio metal que sostienen ramos de flores de cera blanca en sus cuatro frentes. Todo ello se conserva en las Casas Consistoriales.

F. GINER DE LOS RÍOS



BAJO RELIEVE OFRECIDO Á LA SEÑORA DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN POR DON LÁZARO GALDEANO, Y EJECUTADO POR EL ESCULTOR SR. TASSO

NOTICIAS VARIAS

EMIGRACIÓN DE LOS TRABAJADORES NEGROS. – El 28 de octubre solicitó lord Salisbury el asentimiento de Francia al arreglo que concede, entre la costa oriental de Africa, las Comoras y Madagascar, el mutuo derecho de visita y de presa de los barcos que no tengan el pabellón de sus respectivos países. El 4 de diciembre declaró sir James Fergusson en la Cámara de los comunes que no había recibido aún ninguna contestación sobre el asunto.

Por otra parte, un hecho reciente muestra hasta qué punto se han hecho sospechosos los ingleses respecto de esto.

El 16 de noviembre el navío inglés *Griffon* abordó en la costa de Zanzíbar al vapor belga *Bravo*, que según se dice llevaba 400 esclavos destinados al Estado libre del Congo que necesita trabajadores. Dos de ellos declararon ir contra su voluntad. De aquí un grande escándalo. M. A. Pease interpeló á M. Fergusson en la Cámara de los comunes; y el ministro contestó, que se había probado por la copia de los contratos de empeño, que había comunicado el ministro belga, haberse tomado todas las precauciones oportunas para impedir empeños forzados, habiéndose puesto á disposición del cónsul belga á los dos que protestaron.

El Estado del Congo ha publicado el texto de los contratos en uso para los enganches ó empeños de los negros de la costa oriental de Africa, y se ha visto que estos reglamentos son equitativos respetando la libertad individual.

Añádase que el *Times* insertaba por aquellos días una nota haciendo resaltar que los establecimientos franceses de la costa de Madagascar y del grupo de los Comoras dependían enteramente de la mano de obra de las tribus africanas, y expresaba el pesar de que Francia no se hubiera asociado de una manera completa al bloqueo de la costa oriental.

Es de temer por estas indicaciones que viendo los aliados que el bloqueo no realiza todas sus esperanzas y no comprendiendo que el mal éxito proviene de que la costa mediterránea, ocupada por los turcos, queda abierta al comercio de armas y á la salida de esclavos, culpen á los belgas ó á los franceses del fracaso.

POBLACIÓN DE LOS GRANDES ESTADOS. – El *Anuario de la sección de longitudes* da la indicación de los Estados cuya población pasa de 40 millones de almas. Son siete, pero, por supuesto, se comprende la población de sus posesiones coloniales:

Imperio chino. . . .	404 millones
Imperio británico. .	285 »
Imperio ruso.	109 »
República francesa. .	71 »
República americana. .	58 »
Imperio alemán. . .	48 »
Imperio otomano. . .	41 »

De estos Estados, el más extenso en superficie es el británico, que tiene 23 millones de kilómetros cuadrados. Siguen luego el ruso con 21 millones, 9, el chino con 11, 1, el americano con 9, 3, el turco con 6, 1, Francia con 2, 9, y el alemán un millón 6.

Las cifras relativas á Francia se descomponen de la manera siguiente:

En Francia, los 86 departamentos y el territorio de Belfort comprenden 528,400 kilóm. cuadrados, y cuentan 38.218,903 habitantes, lo que da 72 habitantes por kilómetro cuadrado.

Argelia: 518,334 kilómetros cuadrados, 3.867,465 habitantes; densidad 7,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Otras colonias y protectorados en Africa: 1.903,676 kilómetros cuadrados, 16.805,465 habitantes; densidad 8,9.

Colonias y protectorados en Asia: 469,966 kilómetros cuadrados 15.508,000 habitantes; densidad, 42.

Colonias y protectorados de la Oceanía: 23,395 kilómetros cuadrados, 85,000 habitantes; densidad, 5,5.

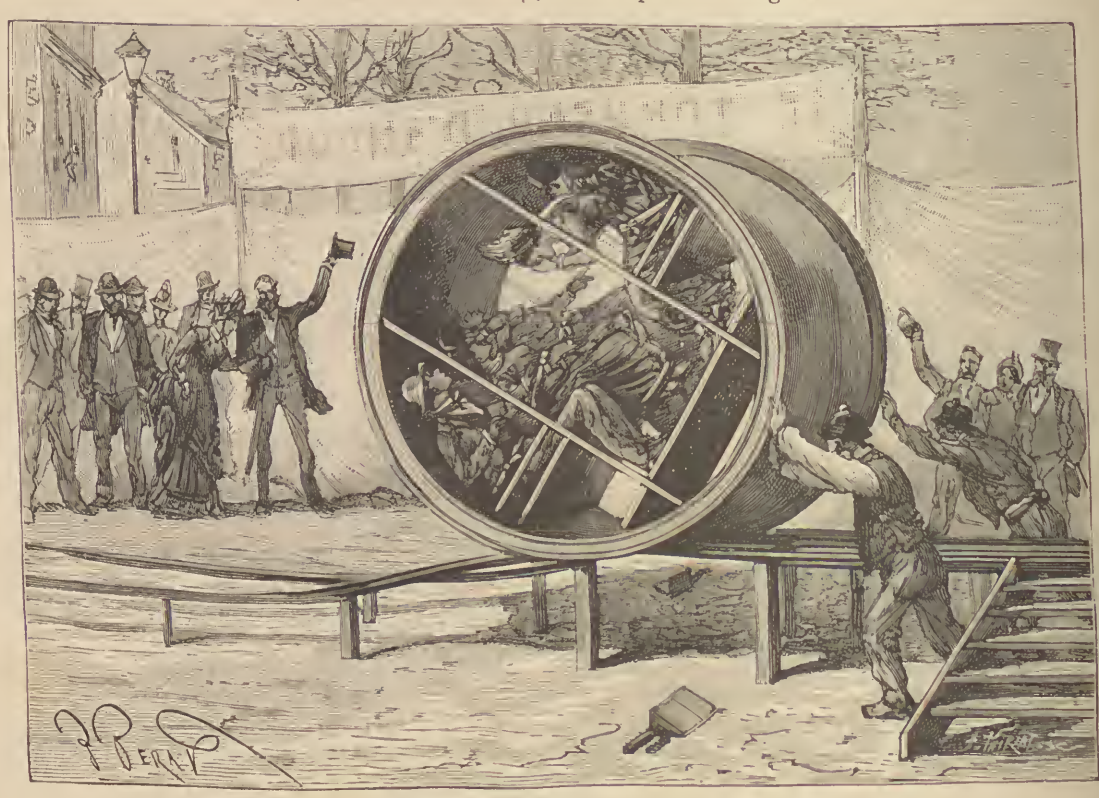
Colonias en América: 123,895 kilómetros cuadrados, 399,500 habitantes; densidad 3,2.

No se comprenden en las cifras relativas á Francia, la alta y la baja Alsacia ni la Lorena.

EL TONEL VOLTEANTE DE LA EXPOSICIÓN DE BRUSELAS. – Hace algún tiempo que en las ferias y fiestas públicas se ve un vehículo de nuevo género, que obtiene á pesar del desagrado de su empleo un éxito sorprendente. Es una especie de tonel, ó más bien un gran cilindro de madera, en cuyos bancos interiores se sientan los aficionados. Unas correas los aseguran bien al asiento ligándolos por la cintura y por los pies, y hecho esto se lanza el tonel por un camino inclinado, donde avanza rápidamente rodando sobre rails. Cuando llega al fondo de la pendiente, unos mozos armados de palancas lo vuelven á subir para repetir la función. Estando los viajeros fuertemente ligados á su asiento ruedan impunemente como se representa en el grabado.

Se paga por ver rodar el vehículo y los espectadores que observan á los viajeros no son los que menos se divierten. En cuanto á estos viajeros, que pudiéramos llamar los pacientes, quedan completamente aturdidos, y cuando la velocidad llega á ser *máxima*, no saben ya en qué dirección ruedan. Suelen ser víctimas de algún accidente, pero no por eso pierden la afición á los viajes fantásticos.

Uno de estos toneles se ha explotado en la última feria de París, designándolo con el nombre de *Camino de amor*. Y no ha tenido menor éxito tan vertiginoso invento en la Exposición de Bruselas, donde ha funcionado toda la estación pasada, habiendo sido pacientes algunas damas. Nuestro grabado lo representa como se instaló en París y en la capital de Bélgica.



EL TONEL VOLTEANTE DE LA EXPOSICIÓN DE BRUSELAS

BARCELONA. – IMP. DE MONTANER Y SIMÓN